

MALEFICIO

Juan Miguel Aguilera y Javier Redal

Parte I

LA CHICA CAMINABA por el corredor, atenta a los números en las puertas de las cabinas. Se cruzó con pocas personas en su camino, y todas ellas deambulaban con la decisión del que está muy ocupado; ahora que las tres naves estaban cerca de su meta, en la *Pusparatha* se palpaba la atmósfera de urgencia. Intercambió cabezazos y atareados "hola"; sólo los ksatryas se llevaban los dedos índice y medio a la sien en un informal saludo semimilitar.

Localizó la puerta que buscaba y la abrió.

-Con permiso, Hari -dijo. No obtuvo respuesta.

Un hombre relativamente maduro, con el pelo completamente blanco, vestido con un blusón pardo de mangas holgadas, faja y pantalón del mismo color, estaba de pie ante una pizarra cubierta por hileras de ecuaciones, letras griegas y sánscritas, números y otros esotéricos símbolos matemáticos. De vez en cuando borraba con el puño y escribía de nuevo. Llevaba un par de auriculares en los oídos. La chica oyó un débil "chiss, chiss" procedente de ellos.

La cabina era pequeña y atestada. Un ordenador de monitor panorámico era el rasgo más sobresaliente, pero no el único. Las paredes estaban recubiertas por estanterías "hágalo usted mismo", casi visiblemente curvadas por el peso de discolibros, holocristales de datos, cartuchos de ordenador, e incluso libros de papel. La litera plegable parecía avergonzada de ocupar un modesto metro y medio cuadrado de mamparo, bajo una estantería.

La chica se dirigió al ordenador. Localizó en la pantalla el icono de un disco óptico y lo cerró tocándolo con un dedo. Al instante, el hombre se dio la vuelta. Sus ojos grises expresaban sorpresa.

-Hari Pramantha, *Almirante* quiere verte.

-¿Uh? Eres tú, Mahal -se quitó los auriculares-. ¿*Almirante* me llama? ¿Para qué?

Mahal era miembro de la guardia personal de *Almirante*. Era también una mujer joven y atractiva, casi de la altura de Hari, pero de complexión mucho más atlética, como correspondía a una ex-amazona de Sarvaniloka.

-No lo sé. Está muy excitada, ahora que Kaliloka II está casi a la vista. Te espera en su apartamento privado.

-Tiene el don de llamar a la gente en el momento más inoportuno -suspiró, presionando un conjunto de teclas en el ordenador.

-El contenido de la pizarra ha cambiado -dijo éste-. ¿Desea guardar los cambios efectuados?

Hari respondió afirmativamente y salió al anillado pasillo central de la nave. Apenas pisó el corredor que llevaba al camarote de *Almirante* se encontró con una parte de *ella*.

El básico giró sobre sus seis patas y corrió con su vientre pegado al suelo metálico, hasta desaparecer por una especie de gatera, junto a la puerta de un camarote. Por la pequeña abertura emanaba una inconfundible luz rojiza. La puerta se deslizó y Hari se vio ante lo que parecía ser un trozo de selva encerrado en el corazón de aquella nave.

Dio unos pasos adelante. Una vegetación húmeda y sofocante le rodeó; árboles rechonchos como zanahorias, de ramas retorcidas y grandes hojas escamosas. En la lejanía, se adivinaban unas montañas en el horizonte neblinoso, bajo un cielo azafrán dominado por un gigantesco sol rojo.

EL BÁSICO QUE le había esperado en el corredor -o uno igual- corría sobre la alfombra de hojas muertas y llegaba hasta *Almirante*, perdiéndose entre la maraña de patas y cuerpos que cubrían el cuerpo del alienígena. Hari pensó que era fácil perder la calma en presencia de *Almirante*, o de cualquier otra cofradita. De cerca siempre podías ver cosas entrando, saliendo, corriendo en torno a ti, reptando a tu espalda...

Almirante le saludó formando un brazo de una longitud semejante a uno humano y alzándolo, mientras el último básico extendía sus seis patas. Una buena imitación del saludo más típicamente humano, con la palma de la mano abierta. A las cofraditas les encantaba hacer este tipo de cosas. Hari devolvió el gesto y se esforzó por ver a *Almirante* como a otro ser racional. Como algo creado, al igual que el Hombre, a imagen de un Dios multifacético.

No era fácil. El cuerpo de *Almirante* era un tronco de cono de casi dos metros de altura y unos cincuenta centímetros en su diámetro mayor. Originalmente, este tronco poseía una textura y un color semejante al de los árboles que les rodeaban, pero las cofraditas solían decorarlos a lo largo de sus vidas con elaboradas pinturas y valiosos adornos hasta convertirlos en auténticas obras de arte ambulantes. Aunque invisible, Hari sabía que en el interior de aquel tronco había una criatura semejante a un gordo y blanco gusano del tamaño de un bebé humano: el "útero". Este contenía los órganos sexuales de la cofradita, el estómago y el nexo cerebroide principal.

Sobre el tronco, alrededor de él, entrando y saliendo por sus aberturas superior e inferior, un hervidero de básicos, dotados de pequeños cerebros secundarios, pero carentes, en general, de órganos sexuales. Cada básico era semejante a un escorpión de seis patas del tamaño de una mano humana. La cola del básico no terminaba en un aguijón venenoso, sino que estaba recubierta, en su cara inferior, de palpitantes terminaciones nerviosas. Mientras los básicos permanecían sobre el tronco, o cerca de él, las colas siempre estaban en contacto unas con otras, entrelazándose en complejas

danzas cuyo significado los humanos apenas lograban entrever. De la misma forma, varios básicos podían sujetarse unos a otros para formar tantos miembros como la cofradita necesitara en un determinado momento; las seis patas articuladas de cada básico eran tan buenas como una mano humana de cinco dedos.

El brazo que había saludado a Hari se disgregó en sus componentes individuales, que se confundieron rápidamente con el resto. No pudo distinguir a cuál había estrechado las patas.

-SIÉNTESE, HARI. HAY un taburete por ahí -la voz de *Almirante* semejaba un millar de chicharras cantando a coro.

Unas veinte patas apuntaron al mueble.

-¿Entusiasmado por estar de vuelta, *Almirante*? -dijo Hari mirando la parte superior del cono. Por supuesto el rostro, y los ojos, de la cofradita no estaban allí. Había un par de centenares de ojos estudiándolo en aquellos momentos desde todas las direcciones posibles, pero Hari necesitaba buscar elementos cotidianos en medio de tanta extrañeza. Y si no los encontraba, necesitaba inventarlos.

-Siento gran euforia. Usted no vino en la primera expedición, Hari, y no puede imaginar la sorpresa que nos llevamos. ¿Se da cuenta de lo que significa? Un planeta habitable, en un sistema estelar doble cuya secundaria es un agujero negro.

Hari asintió; era un argumento mil veces repetido. Un agujero negro significa mucha gravedad.

Y gravedad significa energía.

Las cofraditas provenían del otro extremo de Akasa-puspa, y circunvalar el cúmulo, incluso con sus avanzadas naves dotadas de poderosos motores de fusión, representaba interminables años de viaje. Las cofraditas eran comerciantes, y les gustaba hacer negocios con los humanos del Lejano Extremo. Hacía incontables generaciones que buscaban un paso, a través del denso núcleo del cúmulo globular.

-Me costó bastante convencer a aquellos testarudos de Tamahloka para me renovaran el mando, a pesar de lo de la *Dharani*. Me han dicho usted que tenía una idea sobre eso, Hari.

-Sobre... quiere decir, ¿la destrucción de la *Dharani* mientras estudiaba el agujero, *Almirante*?

-¡Claro está! -varios básicos giraron sobre sí mismos, probando varios enlaces a la vez, muy cerca de la abertura superior. "Equivale a un gesto de impaciencia", recordó Hari- Estamos muy cerca y no quisiera que esta flotilla corriera la misma suerte. ¿Qué hicimos mal la primera vez que nos acercamos a ese agujero negro?

-La fuerza centrífuga -dijo Hari concluyente-. Cerca de un agujero negro, se dirige hacia dentro.

Configuración en anillo de los básicos centrales: "extrañeza, desorientación"

-Disculpe, pero la mitad de mis básicos están alimentándose y esta mañana me siento algo estúpida. No acabo de entender.

-Bueno... imagine que está dentro de un tubo hueco que rodeara Tamahloka, por ejemplo.

-¿Un tubo circular, en órbita?

-Sí.

-Me lo imagino. ¿Y...?

-Coge una linterna y proyecta un rayo a lo largo del eje del tubo. Vamos a suponer que tiene el planeta a babor, ¿de acuerdo? La luz dará contra la pared exterior del tubo, a estribor.

-Sí. Porque el rayo de luz va en línea recta, y el tubo es circular...

Un breve apunte de una nueva danza de impaciencia.

-Excepto que el rayo de luz no va en una línea recta perfecta -dijo Hari.

-No, claro. La gravedad desvía un poco el rayo de luz -los básicos completaron la danza-. Y en un agujero negro, ¿qué pasaría?

-A cierta distancia, sucede algo extraño: la gravedad es tan fuerte, que el rayo de luz se curva en torno al agujero negro formando un círculo. No chocaría con la pared del tubo. Se vería a sí misma a lo lejos, iluminando con la linterna.

-Comprendo. Más bien, vería muchas copias de mí misma, ¿no?

-Cierto. Ahora, si se mueve a lo largo del tubo, no sentiría ninguna fuerza centrífuga. Fuese cual fuese su velocidad.

Composición orbicular en el centro del cono.

-¿Por qué no?

-Porque, aunque sería curvo para un observador exterior, para usted el tubo sería recto.

Un bis de la anterior.

-No entiendo.

-Un rayo de luz se mueve en línea recta, excepto si es reflejado o refractado, ¿cierto? La gravedad puede curvar su trayectoria; pero eso, según la relatividad general, es una línea "recta" en un espaciotiempo curvo.

-Una geodésica.

-Sí. En este caso, la geodésica es un círculo. Y el movimiento a lo largo del tubo sería siempre rectilíneo. Por tanto, nada de fuerza centrífuga. ¿Se sorprende? La gravedad es una deformación del espaciotiempo, piense en términos de relatividad.

-Intento hacerlo, pero carezco de básicos apropiados para las matemáticas. Mi fuerte ahora son las relaciones con los humanos, pero si es necesario generaré unos cuantos procesadores matemáticos. En un par de días.

Hari sonrió, y alzó ambas manos.

-No será necesario. Permítame que siga con mi experimento imaginario, y lo comprenderá. Si el tubo está situado más cerca del agujero negro, el rayo de luz tendería a caer hacia él. Por tanto, iluminaría el lado interno del tubo. Y si usted se mueve a lo largo del tubo a gran velocidad, experimentará una fuerza centrífuga que le lanzará contra el lado interno.

-Así sería. Creo que lo entiendo... entonces...

-Entonces, debido a esta insólita deformación espaciotemporal, el ordenador de la *Dharani* cometió un pequeño error al calcular la órbita. Un error muy pequeño, pero...

-Sí, tuvimos suerte de sacarlos de allí con vida. Suerte y habilidad. Es evidente que carecemos de experiencia en todo lo relativo a agujeros negros. Por eso su presencia aquí es tan valiosa, Hari.

-Gracias, pero no podemos confiarnos. Nadie había encontrado nunca un agujero negro en Akasa-puspa. Casi todos nuestros datos son teóricos, o fruto de la observación del agujero negro situado en el centro de la Galaxia. Aún podemos encontrarnos con más sorpresas.

-Es posible, pero las cofraditas somos una especie que aprende de sus errores. No volveremos a descuidarnos. En cualquier caso, me hubiera gustado tenerlo en mi primer viaje.

-No sé si hubiera podido serle útil, *Almirante* -dijo Hari-. La ciencia muele fino, pero lento.

Una nueva configuración sorprendió a Hari, los básicos se dispusieron formando líneas paralelas longitudinales al tronco. Hari no pudo imaginar el significado de aquel gesto.

-Lástima que muchos de nuestros socios shaktistas no pudieran volver en las otras dos naves -dijo la cofradita con un zumbido grave-; los sistemas de soporte vital se habrían sobrecargado. Pero los dejamos bien provistos, y nos estarán esperando allá abajo, con los brazos abiertos.

Sonó una voz humana, desde algún altavoz oculto.

-*Almirante*, se solicita su presencia en el puente. Estamos entrando en zona de comunicación.

-¿Me acompaña, Hari? Los de la *Dharani* llevan dos años de vacaciones, pero se alegrarán de escuchar voces amigas.

Hari dejó pasar a la cofradita, cuyo tronco era transportado sobre una palpitante alfombra de básicos.

EL PUENTE DE la *Pusparatha* era una amplia rotonda adyacente al ordenador de a bordo. Una pantalla de trescientos sesenta grados formaba la pared, y bajo ella se situaban las oficiales de puente: *Astrogadora*, *Gestora de Operaciones*, *Oficial Táctica*. Todas cofraditas. El suelo del puente parecía un hormiguero cruzado en todas las direcciones por velocísimos básicos que se escabullían incluso entre las piernas de los escasos tripulantes humanos. Al principio Hari se había concentrado en no pisarlos, pero más tarde comprendió que esto era casi imposible, los básicos eran muy rápidos y tenían buenos reflejos.

Esa era, junto con las feromonas y los gestos-danza, la forma original de hablar de las cofraditas. Cada uno de aquellos básicos que corría por el suelo poseía un diminuto pero efectivo cerebro que contenía una fracción de los pensamientos de la cofradita emisora. Llegaba hasta la receptora, descargaba su información, y regresaba con la respuesta. Aparentemente parecía algo tosco y lento, pero todas las cofraditas allí presentes poseían básicos especializados en la comunicación sonora y raramente los usaban, excepto con los humanos. Su sistema era algo semejante a la telepatía con un medio físico, y sin duda les parecería mucho más fiable que la imprecisas lenguas humanas. Se decía que en toda la historia cofradita jamás se había producido un malentendido.

EL PUESTO DE mando era una plataforma circular situada en el centro del puente y rodeada por terminales de enlace sináptico con el ordenador. Estaba ocupado por otra cofradita a quien los humanos llamaban *Capitana*. Al acercarse *Almirante* se produjo una auténtica marea de intercambio de básicos entre las dos criaturas. En beneficio de Hari, zumbaron los básicos emisores de sonido de ambas criaturas:

-¿Ya han contactado con Base Aleph?

-No, *Almirante*.

-Estamos a su alcance, supongo.

-En efecto, *Almirante*, pero...

-¿Radiofaro?

-Ninguno, *Almirante*.

-¿Algo en otras frecuencias?

-Solamente descargas de estática atmosférica y viento solar.

Almirante conferenció rápidamente con *Capitana* y la oficial de comunicaciones. Esta vez olvidaron la traducción y Hari, sintiéndose algo fuera de lugar, se limitó a mirar las pantallas.

ALGUNAS PANTALLAS MOSTRABAN a las otras dos naves que completaban la expedición. Una de aquellas naves presentaba un casco negro azabache, cubierto de atormentados dibujos rojo sangre, característicos de Tamahloka. La otra, el afilado diseño, semejante a una punta de lanza erizada de mortíferas armas, típico de las naves de la Ksatra. Hari reprimió un estremecimiento; los tripulantes de aquellas naves eran tan humanos como él, pero se le antojaban mucho más extraños que las cofraditas.

Tras las naves, la estrella Kali A, una G-7, iluminaba el disco de su segundo planeta, Kaliloka II. Los brillantes blancos y azules apenas dejaban entrever el pardo rojizo de los continentes. No pudo distinguir el pequeño planeta interior, Kaliloka I.

Ni, por supuesto, a Kali B, el agujero negro que acompañaba a la estrella principal. Giraba en torno a su luminoso hermano, mientras rotaba en el plano de la eclíptica del sistema: una extraña configuración.

Si estuviese más cerca, aquel sistema sería un infierno: capturaría materia de su luminoso hermano, creando un disco de acreción que envenenaría el espacio con rayos X y gamma, tal vez con explosiones periódicas de nova. Pero Kali B estaba demasiado lejos; sólo le llegaba una débil cola de gas generada por el viento solar.

Una pantalla mostraba el mapa del planeta. Una gran masa continental cubría buena parte del hemisferio norte; de ella se prolongaban seis grandes penínsulas acabadas en punta, desde los cuarenta grados de latitud norte hasta unos treinta sur. El polo norte estaba ocupado por un pequeño mar, parcialmente helado. Las aguas cubrían la mayor parte del hemisferio sur, interrumpidas por tres pequeños continentes, o islas gigantescas, según se mirase. Había también otro pequeño continente antártico cubierto de hielo.

-Hemos localizado la base -zumbó la oficial de comunicaciones.

Una luz roja parpadeó sobre una de las penínsulas puntiagudas del norte. Ahí estaba el radiofaro, señalando incansable su posición.

-Mis felicitaciones -dijo *Almirante*- Enfoquen el haz y envíen un saludo a Base Aleph.

LOS BÁSICOS DE la *Gestora de Operaciones* vibraron en un tono frenético tras varios infructuosos minutos.

-Ninguna respuesta, *Almirante*, Base Aleph no responde.

Almirante miró la pantalla y algunos de sus básicos ejecutaron una danza que combinaba las configuraciones de perplejidad con la de impaciencia. Se situó en el centro del puesto de mando, generó media docena de brazos, y empezó a sinapsiar las terminales.

-¿Preocupado, Hari? -preguntó sin dejar de mover los pseudobrazos-. No es un accidente demasiado raro en casos como éste. Comprenda que lo de allá abajo es una instalación provisional.

-Sí, por supuesto -¿por qué entonces ese cosquilleo en la nuca?

-Puede que tengan problemas con la emisora -configuración circular-. O no nos oyen o no pueden responder. Los aparatos que se quedaron no son adecuados para la comunicación interplanetaria. Afortunadamente, podremos guiarnos con el radiofaro para aterrizar.

LOS KSATRYAS TROTABAN en círculo, bajo la vigilancia de un sargento. El sudor corría abundante por sus cabezas rapadas.

El coronel War-Zen presenciaba la instrucción con las manos a la espalda y la fusta bajo el brazo. La bodega de la *Ragda* disponía de algún espacio libre para adiestramiento de las tropas, aunque no mucho.

-Parece que los hombres están de buen humor, teniente -se dirigió a uno de sus oficiales.

-Sí, señor. Están ansiosos por desembarcar, mi coronel.

-Bien -dijo War-Zen con aire ausente. Su frente estaba dividida por un surco vertical. Le preocupaba aquella misión aparentemente rutinaria. Los informes de la primera expedición eran todo menos claros; la exploración había sido somera y War-Zen no quería correr el menor riesgo.

Cuando se avanza hacia lo desconocido, pensó, hay que esperar siempre lo inesperado.

Una breve señal acústica de su ordenador de pulsera le recordó su cita en la *Avidya*.

-Prosigan con el ejercicio, teniente.

-A la orden, señor -contestó este, cuadrándose.

El coronel abandonó la bodega y ascendió a la cubierta C, donde estaban los hangares para vehículos auxiliares. Había dos cúteres espaciales, una pinaza fuertemente armada, un par de lanzaderas pesadas y un transporte todoterreno. Ante la inminencia del

desembarco, un grupo de marinos los estaban aprovisionando de combustible, mientras varios soldados acoplaban los módulos de los todo terreno en los cúteres y cargaban las lanzaderas. Tomó un pequeño transporte E.V. y ordenó al piloto que le condujera hasta la negra nave de los shaktistas.

EL CAMAROTE DE Jeldis Talnago era un típico diseño de Tamahloka: paredes forradas de mimbre verde, valiosos muebles de madera lacada en negro, amplios sillones tapizados de cuero de lagarto de un discreto marrón. Su piso estaba alfombrado, y en él se esparcían almohadas de suave pluma. Las puertas metálicas había sido disimuladas con sedosas cortinas color marfil. Del techo colgaba un lámpara de hierro; las bombillas eléctricas resplandecían tras sus vidrios artísticamente grabados con lentes anulares. El servicio estaba formado por un pequeño grupo de lázaros; aunque, como deferencia a sus invitados, ahora sólo contaba con su camarero particular, humildemente arrodillado a sus pies. Con un gruñido, tomó un zunqat de una bandeja de frutas y le dio un mordisco.

Jeldis Talnago era un hombre alto y delgado, de pesados párpados y con una pequeña barba en punta, vestido con la larga dalmática negra de la Orden Samedi, y la cabeza envuelta en un turbante negro. Sobre su pecho pendía un medallón plano, adornado con joyas, que acariciaba nerviosamente. El medallón se dividía en compartimientos modulares, en los que podían engarzarse distintos amuletos, según el diferente efecto que se esperaba obtener. En este momento llevaba cuatro: la Mano Protectora de Zogdoaf, el Gran Sello Romboédrico, el Ojo Que Todo Lo Escudriña, y las Tablillas Crípticas. Alguien versado en el simbolismo de Tamahloka habría leído en la combinación de talismanes: "Reunión trascendental ante futuro incierto".

Talnago acabó su zunqat y tiró la semilla al suelo. El camarero la recogió y, con una servilleta, limpió los labios de su amo. Talnago se fijó en él. ¿Había empeorado? No; la piel amarillenta del lázaro, reseca y pegada al hueso, tenía el mismo aspecto de siempre; su cabeza, cubierta de escasos mechones de pelo color ceniza.

Quizás debería aumentarle la ración de comida; los lázaros nunca sienten hambre, y esto les expone a la muerte... esta vez definitiva. Allá en casa no le hubiera preocupado: se habría limitado a comprar otro. Pero allí, perdido en mitad de la nada, no había tal posibilidad, y mucho menos la de hacer uno por su cuenta. Sí, le aumentaría la dosis de papilla...

Estaba tomando nota de ello cuando llegaron sus invitados.

HARI MIRÓ AL lázaro con disgusto, arrodillado sin la menor expresión en su grisáceo rostro. El coronel ksatrya parecía pensar lo mismo; a nadie le gustaba los shaktistas y sus lázaros, que parecían muertos salidos de su tumba... cosa que eran en realidad.

A su vez, Talnago se sentía desazonado ante la actitud de aquella gente: en su planeta, un lázaro en tan perfectas condiciones era símbolo de dignidad, y todos lo habrían

saludado y admirado su porte. Por fortuna aquellos sorprendentes alienígenas, las cofraditas, no parecían compartir los escrúpulos de sus compañeros de especie.

-Esto es una maldita locura -refunfuñó a guisa de saludo. La diplomacia no era el lado fuerte de los shaktistas.

Su camarero lo oyó, pero como no expresaba ninguna petición, nada dijo. Se limitó a mantener sus ojos inexpresivos fijos en el suelo, mientras su amo despotricaba.

-Son mis hermanos los que están en ese planeta endemoniado. Y tú, *Almirante*, la responsable de haberlos abandonado en él.

Almirante hizo zumbar sus básicos adaptados al habla humana.

-Conoces perfectamente en que circunstancias fueron dejados tus compañeros de raza. No podía hacer otra cosa, y ellos se mostraron de acuerdo. Tu acusación es injusta.

War-Zen resolvió no ceder a la provocación del shaktista y se volvió hacia Hari y la cofradita.

-Mis hombres están preparados para desembarcar. Tan sólo deme una orden y... -el ksatria les miraba con gravedad y determinación.

-Muy peligroso, hasta que no sepamos lo que ha sucedido exactamente -los básicos de *Almirante* se retorcían en una complicada danza en ocho, y por enésima vez Hari se preguntó si aquello tenía algún significado.

-Pero no lo sabremos hasta que hayamos desembarcado. *Almirante*, tarde o temprano habrá que hacerlo.

-¿Y espera averiguarlo sentado cómodamente en su camarote, rascándose los dedos de los pies? -se impacientó Talnago.

-No exactamente -replicó Hari-. Propongo enviar primero una sonda no tripulada, pertrechada con los mejores detectores biológicos de que dispongamos. Luego será el momento del coronel.

Talnago se inclinó hacia adelante, entrelazó sus dedos bajo su afilada barbilla y preguntó con aire despectivo:

-Perdone un momento, hermano... pero, ¿puedo saber con qué objeto? Ese planeta ya fue analizado en su día. Carece de formas superiores de vida; tan sólo unas estúpidas e inofensivas algas flotando en sus mares.

-Es posible, pero he repasado los informes de la primera misión, y sus estudios fueron bastante... apresurados. Supongamos lo peor, y no arriesguemos más vidas antes de disponer de datos mejores.

-¡Está usted insultando a los técnicos shaktistas que realizaron esos informes! -exclamó Talnago. Descargó uno de sus puños sobre la palma de la otra mano-. Averiguaremos lo

que ha pasado de inmediato. Coronel, ordene a sus soldados que se preparen para desembarcar.

El ksatrya se volvió hacia la cofradita, esperando. Este dijo:

-Coronel, la sugerencia del hermano es prudente. Mandaremos antes una sonda.

-A la orden -dijo War-Zen, abriendo su intercom.

Jeldis Talnago se maldijo. Debería haber llevado además el Pentáculo de Ziemolu y la Lengua Persuasiva, la combinación ideal para "Argumentación elocuente y sagaz".

CUANDO LA FLOTILLA se hubo acercado lo bastante, adoptó una órbita geosincrónica. El silencio de radio proseguía y la tensión se palpaba en el ambiente. Se lanzó una sonda atmosférica estándar, que entró en la atmósfera sin problemas y aterrizó en paracaídas, a no más de seis kilómetros de Base Aleph.

Las fotos que envió durante el descenso confirmaron sus peores temores: no se veía un alma. Los datos biológicos, sin embargo, confirmaron los de la primera exploración: no había microorganismos de ningún tipo en aquella atmósfera. La única vida parecía concentrada en los mares, y se trataba de algas unicelulares extremadamente sencillas. Eran las responsables del oxígeno de aquella atmósfera, pero difícilmente podrían agredir a organismos más complejos.

UN SOLO TRANSBORDADOR se separó de la *Ragda*, llevando consigo al coronel y un selecto grupo de ksatryas.

-Quince minutos, mi coronel -anunció el piloto.

-Bien.

El vehículo estaba equipado para transporte de personal; sus trece toneladas de carga le permitían acomodar una veintena de asientos antiaceleración, quedando hasta treinta kilos de equipo por persona. Aquello bastaba para los planes del coronel.

EL TRANSBORDADOR DESACELERÓ hasta velocidad subsónica, acompañado de fuertes vibraciones y sacudidas.

War-Zen consultó su cronógrafo a la luz roja de la cabina. Si se cumplía la programación, en estos momentos la *Ragda* estaría lanzando el siguiente grupo: cuatro lanzaderas pesadas llevando vehículos todo terreno y hovers armados; aquel sería su respaldo si algo salía mal. Sus oficiales había propuesto que el coronel bajase con el segundo grupo, pero él se negó. Quería estar en primera línea para mejor valorar la situación.

-Diez minutos, mi coronel.

-Enterado -se levantó-. ¡Bien, todos listos y en pie!

Los hombres se ajustaron los cascos de vuelo y cogieron su equipo. Iban armados con rifles automáticos, subfusiles, pistolas, bayonetas y sables cortos de hoja ancha. Dos de ellos llevaban rifles de partículas de diseño imperial, con sus pesados generadores.

-Preparados para abrir la compuerta -les llegó la voz del piloto.

-¡Adelante!

Se abrió una compuerta en el piso, cerca de la popa, con un repentino huracán de aire frío. No pudieron ver el suelo, ya que era noche cerrada. War-Zen vigilaba una luz verde; cuando se encendió, dio orden de saltar. En fila, los hombres fueron lanzándose al vacío. El coronel se arrojó el último.

Notas:

- Ksatryas: Cultura de guerreros mercenarios.
- Akasa-puspa: Cúmulo globular que contiene diez millones de estrellas en un espacio de apenas 150 años luz de diámetro.

Parte II

EL CIELO Y la tierra giraban a su alrededor. Tuvo un atisbo de la mole oscura del transbordador, que se elevó velozmente de regreso a la órbita.

Sintió un fuerte tirón cuando su arnés se activó y empezó a reducir su velocidad. Encendió el visor: el ojo izquierdo intensificaba la luz de la luna menor de Kaliloka II, el ojo derecho era infrarrojo. Con un poco de práctica, no resultaba difícil coordinar ambas imágenes. Miró al suelo tratando de orientarse.

Base Aleph estaba erigida sobre una amplia llanura fluvial, en un valle encerrado entre montañas. Su línea de descenso, como estaba calculado, le llevaría a una cortadura excavada por el río en las montañas. Pero el panorama era confuso. Consultó el mapa informático que lucía en su antebrazo izquierdo. La diminuta pantalla le deslumbró, pero logró orientarse. Corrigió su descenso mediante los pequeños chorros impulsores del arnés.

El altímetro estaba calibrado para la presión atmosférica de Kaliloka II. El arnés iba amortiguando su caída de modo que se posaría con velocidad cero; por precaución, lo controló manualmente en los últimos metros. Sus botas tocaron el suelo con la ligereza de una pluma.

Se encontraba en medio de un mar de rocas. Extrañas, porosas como esponjas, cortantes y negras como el alma de un shaktista.

No había signos de vida de ningún tipo.

Se arrodilló bajo una roca, desprendiendo el subfusil del arnés. Con un dedo encendió la radio.

-Aquí War-Zen. Informen por orden de lista -susurró.

Uno a uno, sus hombres fueron contestando. Todos se había posado y sabían a dónde dirigirse, aunque se esparcían en un radio de más de cincuenta kilómetros.

Lentamente, se quitó la máscara y aspiró el aire de un planeta extraño. Olía a azufre y a cal, pero no cayó muerto tal y como había temido Hari Pramantha.

Levantó el visor. La noche era silenciosa y oscura, apenas iluminada por la luna externa, que se pondría muy pronto. Además, el cielo se estaba encapotando. Los expertos de la *Pusparatha* pronosticaban lluvia al amanecer, cosa que complació al coronel. Le gustaban las visitas sorpresa.

Miró al cielo, donde orbitaban invisibles los tres navíos de línea, con sus numerosos pasajeros y tripulantes a bordo. Qué extraño pensar que media hora antes aún estaba allí, encerrado entre paredes de acero.

Aspiró profundamente el aire alienígena y se puso en marcha. Debía descender por una trocha, que le llevaría a la orilla de un riachuelo, y luego sólo tenía que seguirlo.

Reguló el arnés para que compensara la mayor parte de su peso. No podía hacer nada con su inercia, pero le permitiría caminar casi como si no llevara carga. Un par de veces resbaló, pero un toque en el mando le permitió elevarse. Con el visor podía ver como a pleno día, aunque en blanco y negro. A medida que aumentaba su confianza, descendió a grandes saltos.

Pronto encontró huellas de la presencia humana.

Los shaktistas había construido un acueducto que llevaba hasta la base el agua de un manantial de montaña. Este acueducto seguía aproximadamente el camino del coronel. La tubería cruzaba sobre un barranco soportada por arcos y paralelo a ella había un sendero artificial, lo bastante ancho para recorrerlo a pie. Todo muy tosco, todo construido a mano, piedra sobre piedra; evidentemente, obra de los esclavos lázaros.

El sendero ascendía hasta la ladera de la garganta. El coronel anduvo con el río a su izquierda, sesenta o setenta metros más abajo, y la montaña a su derecha. La pendiente era fuerte, de acaso cuarenta y cinco grados, pero no representaría un problema con el arnés, si tenía que abandonar el sendero.

De vez en cuando podía ver alguno de los pozos de ventilación del acueducto, sobresaliendo del suelo. El desfiladero que seguía se ensanchó en la confluencia con el río principal. El acueducto cruzaba sobre éste, pero el coronel sobrevoló el río con el

arnés. El sendero continuaba al otro lado; el río, abajo y a su izquierda como antes, describía amplios meandros.

Empezaba a amanecer y el cielo estaba sombrío por los almohadones grises de las nubes. Un relámpago brilló, seguido de un trueno retumbante y, como si fuera un pistoletazo de salida celeste, empezó a llover torrencialmente.

OCULTO TRAS UNA roca, War-Zen examinó Base Aleph con los binoculares. Era una agrupación de edificios de cemento rodeados por una reja de alambre, casi simbólica, pues apenas tenía tres metros de alto. Era sólo una precaución contra posibles animales salvajes. No había torres de vigilancia, ni casamatas, ni una miserable garita. Estúpidos. Pobres estúpidos, pensó el coronel. En aquel momento ya no albergaba ninguna duda de encontrarlos a todos muertos.

La estructura de la base era muy regular. El lado norte limitaba con un río que corría hacia el este. Los edificios se disponían en parrilla, dejando calles ortogonales. Dos grandes avenidas en cruz lo atravesaban, rematando en las cuatro puertas de la cerca. Entre los edificios prefabricados, observó uno o dos de piedra negra, sin duda contruidos también por los lázaros con recursos locales.

Los soldados se había desplegado. El coronel consultó el mapa: los hombres armados con rifles de partículas estaban situados para enfilear las avenidas principales, el resto formaba un tosco círculo en torno a la base. Todo parecía tranquilo y no había nadie a la vista, humano o no.

El cielo encapotado era de un blanco marfileño y caía una suave cortina de lluvia. Dio la orden de avanzar a sus aún invisibles tropas.

No era momento de andar con sutilezas. Abandonó su escondrijo y corrió el centenar de metros de terreno despejado que le separaba de Base Aleph. Dos soldados surgieron de los márgenes del terreno y le siguieron. Cuando llegaron a la cerca, sencillamente la saltaron, gracias a los arneses giroscópicos. Enfrente suyo, otros cruzaban el río volando.

Se posó en el interior del cercado y corrió hasta el edificio más próximo. Abrió la puerta de una patada.

Y allí estaban los colonos. O lo que quedaba de dos de ellos.

EN LA CASA no había nadie más, ni en los dormitorios ni el aseo. No esperó. Se asomó por la puerta, salió, y se dirigió al próximo.

El registro se completó en poco más de quince minutos. Finalmente, los hombres se reunieron en un gran edificio de piedra, en el mismo centro de la base. Su interior era una amplia sala, provista de filas de sillas plegables, muy deterioradas por el tiempo.

Los ksatryas eran soldados curtidos por los horrores de cientos de guerras. La muerte era una compañera habitual de aquellos mercenarios; su presencia ya no podía causarles la más mínima sorpresa... y sin embargo, War-Zen creyó ver algo en los ojos de sus hombres. Algo casi desconocido para aquellos duros muchachos. Pero allí estaba, quizá por primera vez: miedo, horror, puro y seco horror.

EL CORONEL ORDENÓ a su ayudante de campo:

-Organice turnos de guardia, el resto de los hombres pueden descansar. Y que traigan el transmisor, informaré personalmente a la *Pusparatha*.

-Mi coronel, ¿qué hay del segundo grupo? -recordó el oficial con voz abatida.

-Oh, sí. Díales que se reúnan con nosotros. Envíe alguien a la puerta para guiarlos.

-A la orden.

Mientras los soldados se acomodaban, contempló pensativo la base. La llovizna seguía cayendo del cielo pajizo; empapando los montones de huesos esparcidos por las calles. Huesos humanos sin duda alguna; cegadoramente blancos en medio de la negra base shaktista.

LA LANZADERA SE posó a cinco kilómetros de Base Aleph, en una extensión llana y cubierta de gravilla, enfáticamente llamada "campo de aterrizaje". Había media docena más de naves, de las que se estaban descargando equipo y vehículos. Algunos de los miembros del personal científico bajaron de la lanzadera, con sus bultos de mano al hombro.

El firmamento era de un índigo oscuro. El sol Kali A relucía en el cenit como una gruesa naranja. Aunque había grandes nubes blanco-amarillentas sobre las montañas, el tiempo era cálido y el suelo se había secado.

Era el olor lo que resultaba alienígena. El primer asalto de un mundo nuevo, pensó Hari, es olfativo. Y aquel planeta olía como un sepulcro recién abierto.

UN VEHÍCULO TODO terreno los condujo hasta la base y los dejó en su centro, cerca del gran edificio de piedra que llamaban el "Hounfor". Un oficial con insignias de teniente les llevó a sus alojamientos, situados a lo largo de la calle principal, y los distribuyó en grupos.

Hari abrió la puerta del apartamento que le habían asignado. Era un edificio prefabricado estándar. Tenía capacidad para seis personas: Una sala, tres dormitorios con dos literas cada uno, un cuarto de baño y una pequeña cocina. Demasiado espacio para él solo, pensó. Pero no lo estaba.

En el centro de la sala flotaba una especie de huevo transparente, dotado, en su parte inferior, de diminutos mecanismos para su sustentación. Del ecuador del huevo surgían delgados filamentos plateados, articulados de forma semejante a las patas de una araña. Moviéndose con la perezosa gracia de un manojo de algas bajo el agua.

Hari dio un paso hacia aquella cosa y vio la conocida forma de un básico flotando en el centro del huevo, con su cola conectada a una interfaz sináptica. El artefacto emitió una perfecta simulación de una voz humana.

-Saludos, Hari. Espero que haya tenido un buen descenso.

-¿*Almirante*? ¿Es eso usted?

-Sólo una mínima expresión de mi persona, pero está enlazada con el resto de mi totalidad a través del haz.

Instintivamente, Hari miró hacia lo alto. En aquellos momentos, el cuerpo de la cofradita (se podría considerar) abarcaba miles de kilómetros.

-¿Ha visto ya la base?

-Sólo desde la ventanilla del todo terreno. Un lugar tétrico.

-Eso me ha dicho Mahal. Claro, que esa expresión no puede guardar un mismo significado para nuestras dos especies... pero me preocupa el efecto que ese ambiente pueda tener en la moral de las tropas del coronel.

Hari se dejó caer en uno de los sillones. Era indecentemente confortable.

-Sinceramente, yo no me preocuparía por eso. La moral de un ksatrya ocupa un lugar muy secundario con relación a su sentido del deber.

-Lo sé, pero ese es un lugar de muerte. Muerte inexplicable por otro lado... y es Jeldis Talnago que no hace otra cosa que hablar de maleficios, magia negra, lugares malditos...

Hari observó, extrañado, al objeto flotante.

-¿A qué se refiere exactamente?

-Venga conmigo, Hari. Quiero mostrarle esto.

-Un momento -pidió.

Hari abrió su bolsa de viaje, y extendió su contenido sobre una de las literas. Se guardó una terminal de ordenador en el cinturón, y dijo:

-Listo, *Almirante*. Detrás de usted.

HARI CAMINÓ, SIGUIENDO al flotante huevo, entre los edificios prefabricados. Por todas partes veía soldados ksatryas perfectamente armados: patrullando por las calles, o subidos en lo alto de los edificios para ver mejor. Sin duda llevaban el arnés al mínimo: vio que pasaban de uno a otro con una fácil zancada.

Cada edificio de Base Aleph estaba decorado con iconografías de significado desconocido para él, símbolos arcanos y emblemas místicos policromos en rojo, amarillo y blanco. Las calles de negra tierra batida estaban salpicadas de esqueletos humanos dispuestos en apretados montones. Era el tétrico complemento a un no menos tétrico decorado.

Almirante se detuvo sobre uno de ellos. Los huesos estaban relucientes, como si hubieran recibido un tratamiento especial para limpiarlos. Ni una sola mancha enturbiaba su blancura.

-Fíjese Hari, y como mucho los colonos murieron hace dos años. Y la ropa también ha desaparecido casi en su totalidad. Solo las partes metálicas de amuletos, medallas y hebillas permanecen.

Reprimiendo su repugnancia, Hari cogió un fémur con sus manos y lo levantó. Le sorprendió lo poco que pesaba, y supuso que estaría perfectamente hueco. Las vértebras formaban un montoncito a sus pies. Ni rastro de la médula espinal.

Pero lo realmente extraño era la disposición de los huesos...

-¡Su carne se desintegró mientras caminaban! -comprendió-; por eso estos extraños montones. Si se hubieran derrumbado, y corrompido lentamente, los huesos estarían extendidos por el suelo.

Hari soltó el hueso, mientras su corazón empezaba a latir con fuerza. No podía imaginar qué podría haber hecho eso, a no ser... sí, a no ser que, a pesar de los resultados de la sonda, allí proliferara alguna especie de microorganismo espantosamente activo... que quizá ahora él mismo estuviera respirando.

Y en ese caso tampoco había salvación posible para aquellos que como él había bajado al planeta.

-Creo que ha sido muy inteligente al permanecer en la nave, *Almirante*.

-Las cofraditas navegamos entre las estrellas, pero no nos gusta descender al fondo de un pozo gravitatorio, a menos que sea realmente necesario.

-Sí, muy inteligente. *Almirante*, qué tal si examinamos una de esas viviendas? Una que aún no se haya tocado.

-Como quiera. Hay muchas.

ERA UNA VIVIENDA entre tantas. La disposición era idéntica a la suya, salvo los toques personales. En las paredes había bajorrelieves representando temas de la cultura shaktista: simples adornos o iconos de culto. Al mirar de cerca, vio que se habían tallado con brocas o herramientas parecidas. Un haz de luz surgió del huevo transparente, recorriendo paredes y suelo.

¿Qué buscar? pensó Hari. Registró uno por uno los dormitorios: literas, escritorios abatibles, sillas plegables. Faltaba todo lo que fuese plástico, espuma o tela. Entonces recordó algo que nunca puede faltar en una vivienda humana, sea cual sea la raza o la cultura de sus ocupantes. Se dirigió a la cocina, siempre seguido por el huevo flotante, y rebuscó por todos los rincones.

-Bueno -dijo a *Almirante*-, o esta gente era fanática de la limpieza, o no queda ni un solo gramo de basura en toda la casa. Observe las ollas y cacerolas: usadas, pero ni rastro de hollín en su parte inferior.

-¿Cual es su opinión de todo esto? -preguntó *Almirante*.

-No sé qué demonios ha podido pasar aquí, pero es evidente que toda la materia orgánica que los colonos trajeron consigo, incluida la que constituía sus propios cuerpos, ha desaparecido.

-¿Un proceso normal de corrupción?

-¿Del plástico? Salgamos de aquí, no hay mucho que ver -Hari se sentía agobiado por aquel escenario.

EL HOUNFOR ERA una gran edificio de piedra y ladrillo; una construcción sólida y hasta atractiva a su modo. Cuando se acercaron a él, Hari distinguió al lúgubre fantasmón de Jeldis Talnago esperando frente a la puerta, acompañado por dos de sus sirvientes lázaros.

-¿Ha encontrado ya la causa de este terrible desastre, Hari Pramantha? -le preguntó el shaktista.

-Ese no es mi trabajo, Talnago.

El huevo flotante intervino con su bien modulada voz:

-Un equipo de biólogos están estudiando las muestras recolectadas por la primera sonda.

El shaktista emitió una teatral carcajada.

-Biólogos cofraditas. ¿En serio?

-Nuestro equipo es perfectamente fiable, Jeldis. Encontraremos la causa de la muerte de sus hermanos.

-Solo si se trata de una causa natural, circunscrita dentro de los angostos márgenes de su sobrevalorada ciencia.

-¿Qué otra cosa podría ser? -preguntó Hari

Talnago se apoyó en uno de sus lázaros.

-¿Y usted pretende ser un hombre de ciencia? ¿Por qué cierra sus ojos a la Verdad?

Hari no se inmutó.

-¿Su verdad es ese conjunto de supersticiones que controlan cada aspecto de su vida?

-Ustedes, los carvakas, llaman superstición a toda aquella fe ajena a su obcecado método científico.

-Señores -dijo *Almirante*, flotando entre ellos-, no se enzarcen en una discusión que no puede conducirles a ningún resultado constructivo.

Hari asintió lentamente.

-Tiene razón. Discúlpeme, Talnago, no quise parecer poco respetuoso.

-Disculpas aceptadas. El respeto es algo extraordinariamente raro en esta expedición. Los ksatryas han estado pisoteando nuestro Hounfor, sin la menor reverencia por este lugar sacrosanto -rezongó Talnago, adelantándose a los otros.

Por primera vez, Hari le había visto separarse de sus lázaros. Les había ordenado esperar en el exterior del Hounfor, y caminaba ante ellos arrojando sobre su hombro derecho un polvillo negro que extraía de una bolsa de cuero.

RECORRIERON LA GRAN sala, atravesando el pasillo que separaba las dos filas de bancos de piedra. Casi todos contenían un desordenado montón de inmaculados huesos. El suelo estaba sembrado de amuletos semejantes a los que Talnago llevaba siempre consigo. En el extremo frontero a la puerta había un estrado y un gran lienzo de tela roja, con multitud de extraños signos bordados.

-Parece un escenario -dijo Hari.

Talnago sacudió la cabeza, escandalizado.

-Este es un lugar santificado -dijo-. Una mezcla de capilla y senado. Estos que ve aquí eran mis hermanos. Los esqueletos que han encontrado en el exterior pertenecían a sus lázaros.

Hari sintió un escalofrío repentino.

-Vinieron aquí porque estaban asustados -comprendió.

-Ellos sabían lo que estaba sucediendo. Lo sabían y se reunieron aquí para deliberar, para buscar una solución que nunca llegó. La muerte los encontró aquí reunidos. Los esclavos dispersos por las calles... ¿Se ha fijado en esos montones de huesos? La carne se desintegró, así... -Talnago chasqueó los dedos- dejó de sujetar a los huesos, y estos se derrumbaron como castillos de naipes.

-¿Ha encontrado algún documento, algún archivo informático que aclare si ellos sabían lo que estaba pasando? -preguntó *Almirante*.

Talnago sacudió la cabeza.

-Ilegibles por entero. Algunos componentes de los ordenadores han sufrido el mismo destino que la carne de mis hermanos. Tampoco he encontrado ningún rastro de papel. ¿Siguen pensando que todo esto puede haber sido obra de una humilde bacteria?

-No desprecie así a las bacterias -dijo *Almirante*-, se sorprendería de lo que son capaces de hacer.

-Pero sus maravillosos aparatos de tecnología cofradita siguen sin encontrar el menor rastro de nuestros diminutos e hipotéticos enemigos. Y la escasa vida unicelular de este mundo resulta tan elemental que jamás podría infectar a una célula humana. ¿No les parece extraño?

-Desde luego que sí -admitió Hari-, ¿pero qué propone usted como explicación? ¿Algo sobrenatural?

Talnago se abanicó la boca con una ancha pluma de cartka dorada antes de contestar, para que sus palabras no atrajeran la desgracia sobre él.

-El Universo no es la máquina impersonal que ustedes proponen; es básicamente perverso. Existen fuerzas, entidades, leyes físicas, llámelos como quiera, que conspiran contra la vida. Los Demonios de la Oscuridad arrastran al Cosmos hacia la decadencia inexorable. El fuego puede destruir en pocas horas un frondoso bosque que tardó siglos en crecer; la muerte puede consumir en horas a quien ha vivido muchos años; una supernova puede barrer eones de paciente evolución en segundos. La felicidad y el bien son penosos caminos cuesta arriba, mientras que el infortunio y el mal siguen un camino rápido hacia abajo...

Parecía capaz de continuar así bastante rato. Con expresión impasible, Hari dijo:

-Cuando una tostada cae al suelo, siempre cae por el lado untado en mantequilla.

Talnago frunció el ceño, sin acabar de entender la ironía.

-La magia es algo que es posible controlar y usar como motor de una civilización -prosiguió-. Nosotros lo hemos hecho, aunque ustedes no lo admitan y nos desprecien. Aquí no he encontrado rastros del uso de magia, al menos usada a escala humana, pero quizá mis hermanos lo creyeran, y por ese motivo se congregaron aquí. Lo que es evidente es que este planeta los mató. Destruyó selectivamente hasta el último rastro de vida alienígena posada en él. Y esto, a una escala diferente, también puede tener un

origen mágico. Este mundo nos odia. Mis hermanos eligieron bien su nombre: Kaliloka... planeta de Kali. La Negra. La diosa de la Muerte.

A pesar de su escepticismo, Hari se estremeció.

-No lo creo -intentó que su voz sonara firme-. La gente de su pueblo murió por algo que tiene un origen físico, y nosotros debemos averiguar de qué se trata antes de que vuelva a actuar.

-¿Ha ido al cementerio? -preguntó Talnago con una sonrisa cínica.

-¿Cementerio?

-Los lázaros no suelen durar mucho. Cuando les llega la muerte definitiva solemos enterrarlos. ¿No le parece adecuado?

EL CEMENTERIO ERA una extensión de unos novecientos metros cuadrados situada al exterior de la alambrada. No había lápidas, sino una docena de grandes losas, improvisadas con pesadísimas lajas de roca labradas con jeroglíficos. El terreno era muy irregular.

-En las losas se tallan encantamientos propiciatorios, que aseguran el eterno descanso de los lázaros liberados por la segunda muerte -explicó Talnago.

-Son muy pesadas.

-Sí. En ocasiones, algunos han regresado de la tumba para vengarse de sus antiguos amos. Gente descuidada que sin duda merecía tal destino.

Hari vio unos robots excavadores alineados al fondo. Y frente a ellos un par de tumbas abiertas. Se acercaron a aquel lugar y Hari miró dentro de la tumba.

Un esqueleto blanco, reluciente, apenas manchado por la tierra.

-¿Cree que su bacteria los alcanzó ahí dentro? -preguntó Talnago.

-Es posible... -de repente Hari comprendió lo que Talnago quería decirle-. Si la bacteria los infectaba sin ellos saberlo, y fueron enterrados con ella... devoró sus cuerpos, pero...

-¿Pudieron además pudrir los cuerpos? Improbable. Cada microorganismo está adaptado a un hábitat muy específico. Difícilmente su hipotética bacteria hubiera sobrevivido a la muerte de su víctima.

Hari dio un paso atrás.

-Pero pudo sobrevivir en forma de esporas. Al abrir las tumbas...

-No se preocupe -le tranquilizó *Almirante*-. Están limpios. Lo comprobamos con eso...

Un pequeño haz láser señaló uno de los miembros de los robots, semejante a una larga aguja extensible. Hari reconoció un rastreador orgánico para el subsuelo, también de diseño cofradita y muy fiable, por tanto.

-Los huesos están prácticamente desprovistos de materia orgánica. No queda sino el fosfato -dijo *Almirante*.

-Es importante verificarlo -dijo Hari-. Vamos a comprobar todas las tumbas. Ahora, y deprisa...

El huevo transparente, con el básico en su interior, revoloteó entorno a Hari.

-Tranquilícese, los robots ya hicieron ese trabajo. Son muy concienzudos, créame.

-Exacto -dijo Talnago- Y me dieron la razón. ¿Lo entiende, Hari? No hay ningún organismo patógeno en todo el planeta. Acéptenlo, y empecemos a buscar otra causa. Porque lo que sí es cierto es que algo ha matado a mis hermanos y a sus lázaros.

-¿Pero... qué?

Talnago posó sus dedos en su afilada barbilla, cubierta por una fina perilla.

-O "quién" -dijo.

LA NOCHE HABÍA caído con la parsimonia propia de los planetas de bajo período de rotación. La luna interna cruzaba el cielo como un dirigible a gran altura. Repetiría su ciclo cuatro veces en el curso de la noche.

TALNAGO BOSTEZÓ OSTENSIBLEMENTE mientras cenaba con los oficiales ksatryas. Se despidió cortésmente y se dirigió a su alojamiento, acompañado de sus lázaros.

-Quedaos aquí -ordenó, en el lenguaje simplificado destinado a los sirvientes-. No dejéis entrar a ninguna persona, animal o cosa. Dormid cuando salga el sol. Podéis sentaros.

Los lázaros oscilaron sus cabezas afirmativamente. Como si los hubieran activado con un mismo mando a distancia, se sentaron a ambos lados de la puerta en la posición del loto.

Talnago entró. No tenía sueño; sus ritmos circadianos aún no se habían adaptado al ciclo de luz de Kali. Cerró las ventanas de la cabaña y encendió la lámpara para leer que había sobre la cama. A su incierta luz, conectó su ordenador y le ordenó que contactara con su nave.

La respuesta fue casi inmediata; sin duda estaba aguardando la llamada.

El Houngan estaba despatarrado en un ancho sillón, envuelto en una túnica granate oscuro que parecía ser varios números mayor que su talla. Sus dedos manchados, de uñas largas, asomaban de unas mangas demasiado largas. Su cabeza calva se sostenía sobre un cuello descarnado, que salía del gollete de su ropón como el pescuezo de una tortuga.

-Larga Vida y Reencarnación Pronto, Houngan -dijo Talnago en Lenguaje Ceremonial.

-Que la Oscuridad preserve tus entrañas, Talnago -fue la respuesta, pero en Lengua Críptica Arcana 13.

Talnago frunció levemente el ceño. El Houngan era un decrepito anciano carcomido por la sífilis, pero... ¿es qué finalmente su enfermedad había alcanzado su momificado sistema nervioso haciéndole expresarse en lenguas muertas?

-He leído tu informe, Talnago -dijo el Houngan, siempre en Críptico Arcano 13-. No puedo decir que esté complacido. Es ambiguo, nebuloso e inconcreto en demasía.

Talnago lo comprendió al fin. Aquel arcaico dialecto, conocido por muy pocas familias de casta superior, era muy adecuado para discutir temas que debían permanecer ocultos a los herejes.

Nadie que no hubiera nacido shaktista podría descifrarlo jamás.

-Soy plenamente consciente de ello, Lobreguez -dijo Talnago, también en LCA13-, pero no puedo evitar la conclusión: Esto no está claro.

-Para tu pobre inteligencia, quizás. Sin embargo en mi opinión, este es un caso claro de magia negativa, y sólo puede haber un culpable.

-¿Las cofraditas?

-Luego lo has considerado -el Houngan alzó sus pobladas cejas-. Curioso que tu informe no refleje tus conjeturas.

-He preferido mostrarme fríamente distante. Considero a las cofraditas unas sospechosas altamente improbables.

-¿Por...?

-Las cofraditas son comerciantes. Tienen una reputación que mantener. No les ayudaría en sus negocios el andar asesinando a sus clientes potenciales y aterrorizando al resto. Además, su cultura es completamente ajena a la magia.

-Considero tu razonamiento ingenuo. Quien golpea primero, golpea dos veces. Y pretender ser ignorantes en artes mágicas fue un famoso ardid de los Ancianos Brujos Ruines. Y ya conoces la historia...

Parecía que aquel viejo cretino sólo pensaba con reflejos condicionados y frases hechas.

-Poseéis el don del Discernimiento Juicioso, Lobreguez, pero mis numerosos viajes entre las estrellas me han enseñado que, en la relación comercial con otras culturas, uno no siempre debe esperar lo esperable...

-"Cuando tu enemigo no es observado es cuando te golpeará" -citó el Houngan-. Nadie sabía de la existencia de nuestra colonia, excepto las cofraditas...

-Lobreguez, no habéis escuchado mis miserables argumentos. Intento haceros ver, en mi humildad, que...

-Nadie más que ellas pudieron destruirla.

Talnago suspiró derrotado:

-Pero ¿cómo?

-El cómo no importa, sólo el "qué", el "quién" y el "por qué".

-Entonces, ¿por qué?

El anciano suspiró. Las comisuras de sus labios eran una única llaga supurante. Se limpió la pus con un pañuelo de seda y siguió hablando:

-Nadie había encontrado un agujero negro antes, aunque los hombres de ciencia postulaban su existencia. Es un premio muy valioso, Talnago. Energía sin límite. Un inconcebible poder de destrucción. Una catapulta gravitatoria, para acelerar nuestras naves más allá del horizonte de estrellas... Y, además, un planeta habitable, perfecto para construir una base desde la que nuestro pueblo gestionará tanta riqueza...

El Houngan se detuvo para tomar aliento y limpiarse nuevamente la comisura de los labios.

-Por algo así -siguió diciendo el anciano-, ¿quien no envenenaría a su propia *madrevirgen* para conseguirlo?

-Pero -argumentó Jeldis, intentando ser razonable-, las cofraditas son nuestras socias en esta empresa, ¿por qué pelear por algo que de todos modos van a obtener?

-"La mejor participación en un negocio es la parte total del negocio".

Talnago se dio por vencido. Intentar convencer al Houngan era como explicar álgebra a un adoquín.

-Entiendo -dijo con voz cansada.

El Houngan se echó hacia atrás en su silla, y entrecerró los ojos.

-Pronto aterrizarán los sacerdotes de la Brigada de Purificaciones y más lázaros de trabajo. Ve a recibirlos y guíalos.

Por el tono, Talnago intuyó una despedida. También intuyó que el viejo reservaba una sorpresa... desagradable, por supuesto.

HARI LLEVABA MÁSCARA, botellas de aire comprimido, aletas, y cinturón de plomo: un equipo completo de buceo. Respirando pesadamente por los tubos, agitó los pies y avanzó en el agua. Una nube de burbujas lo rodeaba.

Orientándose en la penumbra, distinguió un aparato de forma casi cúbica y se dirigió a él. Cuando llegó a su lado, lo alumbró con la linterna y procedió a desmontarlo. Lo reemplazó con el que llevaba consigo, conectando acto seguido el interruptor. Se encendió una luz verde.

Suspiró con alivio, emitiendo burbujas que se distribuyeron esféricamente en torno suyo. Por fin podrían reanudarse las observaciones astronómicas.

Nadó hacia la salida.

LA ESCOTILLA QUE atravesó le condujo a una cámara intermedia. Atravesó una segunda escotilla y subió por una herrumbrosa escalera metálica. A sus espaldas quedó el gran tanque de doscientos metros de diámetro: 4.188.789,333333... metros cúbicos de agua pura y cristalina.

Se quitó el equipo con la ayuda de Mahal, retorciéndose para desprenderse del arnés. La chica le tendió una toalla.

-¿Ha ido todo bien? -preguntó

-Nada de particular -contestó Hari-. Como sospechábamos, el fotomultiplicador se había quemado. Los aislantes térmicos habían desaparecido como por arte de magia. Ya sabes de qué estoy hablando.

Mahal agitó la cabeza y chasqueó la lengua.

-Se supone que estos cacharros son herméticos.

-Se supone. Bueno, vamos a ver si ahora funciona.

Juntos atravesaron un largo corredor, hasta una sala excavada en la roca y repleta de pantallas y tableros de mando. A través de una gruesa portilla se distinguía la árida superficie de Kaliloka. A lo lejos, los negros edificios de la ciudad fantasma

Hari se sentó ante uno de los tableros y accionó un interruptor. Las pantallas empezaron a mostrar una serie de números y letras.

-Aquí están. Funciona.

El gran tanque de agua subterráneo cumplía la doble función de cisterna de la colonia, y de gigantesco detector de partículas elementales. Un artefacto imprescindible para estudiar el agujero negro que hacía de aquel sistema estelar algo tan especial. Las paradojas de la tecnología. A veces los astrofísicos debían convertirse en cavernícolas para estudiar el ancho Universo.

-¿Como pudo la *plaga* alcanzar esos componentes encerrados bajo toneladas de roca y agua? -preguntó Mahal.

Hari hizo una mueca de extrañeza.

-No sé... empiezo a pensar como Talnago...

-¿Empiezas a pensar que lo que mató a esos shaktistas fue algo de origen sobrenatural?

Hari sonrió.

-No, por supuesto. Pero ya no creo que se trate de un microorganismo.

-Eso mismo piensa el equipo de biólogos que estudian las muestras enviadas a la Pusparatha. Pero lo cierto es que ninguno de ellos se ha atrevido aun a bajar al planeta.

Hari se volvió hacia las pantallas, que ahora registraban, cada pocos segundos, el impacto de una partícula con una entre millones de moléculas de H_2O . Los fragmentos de la diminuta explosión eran recogidos por detectores esparcidos por toda la masa de agua, y el ordenador reconstruía la partícula original con "nombre y apellidos".

Las partículas tenían muchos posibles orígenes. Radiación cósmica, viento solar, el tenue disco de acreción, incluso radioactividad natural de la roca y sus propios cuerpos... Otra serie de detectores, esparcidos por la superficie del tanque, calculaban cada una de las contribuciones por separado.

Réstense de las captadas por el detectores del tanque, háganse unas filigranas estadísticas, y lo que quedaba era la escurridiza emisión que andaban buscando: la tenue radiación de Kali B.

ALLÁ, EN EL mismo horizonte de sucesos del agujero negro, sucedía uno de los extraños azares subatómicos. Pares virtuales de partícula-antipartícula surgían de aquella extraña entidad que era el vacío cuántico. Nacían literalmente de la nada, viajaban un trecho y se aniquilaban... regresando a la nada de la que salieron. La energía necesaria para crearlas era prestada, por un capricho aleatorio de la indeterminación cuántica. Dios había tirado los dados.

La cantidad de energía media del Universo, sin embargo, no varía; el Gran Contable Cósmico no tolera los "números rojos". Todas las deudas energéticas se pagan, tanto más pronto cuanto mayor es la energía prestada. Partícula y antipartícula estaban obligadas a desaparecer sin dejar huella.

A no ser, claro, que una de las dos fuera tragada por el agujero negro. En cuyo caso, su compañera se alejaba alegremente: se había creado una partícula, esta vez real. El agujero, por su parte, perdía una fracción infinitesimal de su masa, su carga o su momento angular, de modo que las cuentas cuadraban.

O deberían cuadrar.

JELDIS TALNAGO AÚN seguía meditando en las palabras del Houngan, mientras el transbordador descendía hacia la iluminada pista de tierra batida. Las luces de aterrizaje parpadeaban en blanco y naranja bajo el lóbrego cielo nocturno, en el que chispeaban unas escasas dos mil estrellas. Incluso su mórbida cultura temía la noche.

Repasó su portaamuletos. Había efectuado una consulta rápida al *Manual de Vaticinios* de Neerquine, cuyo heptagrama 563 indicaba "vicisitudes fluctuantes". De modo que escogió el Ankh de Mishr, el Prisma Celeste, el Orbe Invernal y el Huevo de Dingus; en su dedo medio lucía además el Anillo de Jandor como precaución suplementaria.

LA NAVE SE posó, arrastrando una nube de polvo flotante tras ella. Unos lázaros designados por Talnago acercaron la rampa móvil. Cuando se abrió la compuerta, descendió un individuo rollizo, envuelto en una túnica recamada. Iba seguido por un apuesto muchacho con uniforme de acólito.

Talnago reconoció al primero con desagrado: era Aadi Zoyos, importante personaje de la Congregación de Legba, y jefe de la Brigada de Purificaciones: un tipo regordete, de naciente calvicie, con el largo cabello rubio de la nuca anudado en una trenza. Sus vestiduras, bordadas con hierogramas cósmicos, contrastaban con la sobria dalmática de Talnago.

-Usted debe ser Talando -dijo sin más preámbulo. Se acomodó sobre la nariz unas antiparras incrustadas de oro.

-Talnago. Jeldis Talnago, para servirlos en esta hora un tanto tardía.

-Cierto, *ohseñor* Talnago, y que me ha causado no pocas molestias... pero la orden del Houngan especificaba "de inmediato" y... -la voz de Zoyos era afectada y untuosa.

-Comprendo, comprendo -dijo Talnago-. Tengo un vehículo todo terreno. Os guiaré a vos y a vuestro ayudante a Base Aleph.

-Perfecto. Por cierto, este joven es mi estimado Odole, auxiliar de exorcista -el acólito hizo una breve inclinación, a la que Talnago correspondió con un impaciente cabezazo-. Pero me temo que traigo más personal, *ohseñor* Talnago.

Señaló a la rampa, por donde empezaban a descender con paso monótono unas figuras cargadas con fardos, de los que sobresalían azadones y palas.

-Esos son... -se sorprendió Talnago.

-Lázaros, en efecto.

-¡Pero tantos!

Zoyos se encogió de hombros.

-Son las órdenes del Houngan. Quiere que el trabajo se haga con la mayor diligencia. Odole, querido, toma la mitad de los lázaros y encamínate al cementerio.

-Como diga Vuesa Umbría -dijo el joven, que se dirigió hacia el inmóvil grupo de lázaros.

-Pero... -empezó Talnago.

-Hay mucho que hacer: bendecir las herramientas, excavar sepulturas, purificarlas, consagrar el terreno... El joven Odole está capacitado para todo ello. Ha traído un electrociclo para facilitar sus desplazamientos. Mientras, nosotros empezaremos a clasificar y reunir los restos mortales en la ciudad. ¿Decíais de un vehículo...?

Confuso, Talnago condujo al orondo dignatario hasta el auto todo terreno. El acólito Odole ya se alejaba en su electrociclo, seguido por un nutrido tropel de lázaros trotando de cuatro en fondo. Talnago arrancó el TT y se dirigió a Base Aleph, mientras el resto de los lázaros se apresuraba tras ellos.

Zoyos sacó de su túnica un ejemplar de los Apócrifos Sibilinos en edición de bolsillo, enfrascándose en la lectura. Talnago, por su parte, no se sentía de humor para conversar.

LAS CIFRAS SIGUEN estando mal -rezongó al fin Hari, pasando una mano nerviosa por sus cabellos blancos-. Esta emisión no es posible en un cuerpo de las características de Kali B.

Mahal había abierto la nevera y se había servido un té helado. Ofreció uno a Hari, que rehusó con un gesto.

-Vamos, Hari, sé pragmático. Nadie ha estado antes tan cerca de un agujero negro. Quizás sea la teoría la que tiene agujeros.

Hari siguió negando con la cabeza y Mahal se encogió de hombros. A esa avanzada hora de la noche no tenía la mente preparada para ese tipo de discusiones.

-En todo caso -dijo la chica-, a *Almirante* solo le interesa evaluar el potencial energético del agujero. Yo no me preocuparía tanto. Si un bicho grazna como un pato, tiene pies de pato, y pico de pato, para mí es un pato. De modo que, si tiene toda esa formidable gravedad, nos basta.

-No -dijo Hari concluyente- Necesito hablar con *Almirante*, esto es muy importante, Mahal ¿puedes localizarla?

-Por supuesto -dijo la chica pulsando la joya central de su anillo.

EL TT CONDUCTIVO por Talnago atravesó la entrada sur sin problemas. Un centinela echó una ojeada rutinaria; Talnago tenía plena libertad de movimientos, la llegada del mandatario shaktista figuraba en el orden del día, así que ¿para qué preocuparse? Se limitó a un vistazo de repulsión fascinada ante los lázaros que trotaban a paso ligero, con una inhumana sincronía, sin aparentar cansancio...

Aadi Zoyos tomó un pequeño radiotransmisor. Talnago lo reconoció como los usados por los capataces de lázaros, para dar órdenes a un grupo numeroso.

-Grupos A, B, C y D, dirigíos a la derecha hasta ver una entrada, y cuando lleguéis, parad -casi la mitad del grupo se separó del resto. -Empezaremos a recorrer las calles de este a oeste, así estaremos seguros de no pasar un resto humano por alto -murmuró a guisa de explicación-. Por favor, lléveme al lugar de mando aquí.

-¿Al centro de comunicaciones o al Hounfor?

-Al de comunicaciones. Tenemos que coordinar las tareas de muchos lázaros.

-Pero, recoger los restos de nuestros hermanos...

-Los lázaros no los pueden tocar, en efecto. Los señalarán para que lo hagamos usted y yo. Recogerán los restos de los lázaros, nada más.

Talnago no estaba muy seguro de que los lázaros pudieran distinguir entre ambos tipos de restos humanos; su intelecto no era tan sutil. Pero no dijo nada.

Se detuvieron ante el centro de comunicaciones y se apearon. Tras ellos, los lázaros formaban estólidamente, inmóviles, con los brazos colgando.

Notas:

- Carvakas: Materialistas.

Parte III

LA EXTENSIÓN DE *Almirante* penetró en el observatorio flotando como un corcho arrastrado por la corriente. Las débiles extremidades que surgían del cuerpo ovoide se agitaron indolentemente.

-Dígame, Hari. ¿Ha encontrado algo?

-Algo desconcertante. El observatorio funciona bien ahora, pero no consigo hacer encajar las cifras con la teoría... ¡Maldita sea! -Hari volvió a pasar una mano por su cada vez más revuelto cabello- Sólo hay un modelo que soporte esa anomalía de masa... Creo que este agujero negro es un *objeto* hueco.

Mahal parpadeó con sorpresa.

-¿Un agujero hueco?

-Oh, sí -Hari indicó al ordenador que construyera una representación holográfica de los datos obtenidos, y un gran globo verde apareció en el centro de la sala.

-Es asombroso -siguió diciendo Hari, mientras señalaba el globo-, la superficie parece una "pared de dominio" curva... una hipotética distorsión plana del espaciotiempo, como la versión bidimensional de una cuerda cósmica. Una cosa muy, muy masiva. Y toda la masa está concentrada justo bajo el horizonte de sucesos. ¿Cómo explicar algo así?

-Usted es el astrofísico -dijo *Almirante*.

-Sí, y este astrofísico ha reflexionado, especulado salvajemente, creado modelos matemáticos que no le convencieron ni a él... Este es el segundo acontecimiento extraordinario con el que nos encontramos desde que llegamos aquí.

-¿Y piensa que pueda haber una relación? -preguntó la extensión de *Almirante*.

-*Almirante*, si la causa de estas muertes no es Kali B, no sé qué otra pueda ser.

La cofradita no respondió de inmediato.

-Un momento... -la voz artificial de *Almirante* logró imitar bastante bien la expresión de sorpresa humana-. Hari, hace aproximadamente un año Kali B se acercó a la mínima distancia de Kaliloka. No hemos podido determinar la fecha exacta de la muerte de los colonos, pero...

Hari abrió mucho los ojos.

-¿Desde cuándo sabe eso?

-Desde hace aproximadamente tres segundos. Lo he comprobado en el ordenador de la *Pusparatha*.

-Ohhh....

-Pero ¿qué pudo afectar a los colonos a quince unidades astronómicas? La radiación del disco, no.

Hari se tomó un momento para asimilar esto.

-Pues le puedo asegurar que algo muy extraño está sucediendo en este sistema estelar... Kali B no puede ser un agujero negro.

-¿Está seguro? -preguntó *Almirante*- Parece haberlo descartado muy pronto.

-Pero también hay otro hecho inexplicable desde el principio: los agujeros negros se forman por el colapso de una estrella muy masiva; eso significa que Kali B fue una supernova. ¿Cómo se las arreglaron los planetas de Kali A para sobrevivir?

-¿No pudo ser que Kali B fuera capturado por Kali A? -preguntó Mahal.

-¿Y dejar a los planetas en sus hermosas órbitas circulares? -dijo *Almirante*- Pero si Kali B no es un agujero negro... entonces, ¿qué es?

Hari se pasó las manos por su blanco cabello. Aquello iba a sonar a locura.

LA FILOSOFÍA DE diseño de las naves cofraditas ha sido siempre la salvaguardia de sus tripulantes y pasajeros, durante toda clase de viajes o en cualquier situación de emergencia. La flota cofradita tenía una larga tradición de seguridad en este terreno, y la dilatada experiencia era una de las claves de su éxito mercantil. Así pues, cuando la *Pusparatha* recibió la llamada de socorro del transbordador shaktista, la *Gestora de Operaciones* ordenó Alerta Amarilla.

Capitana, que estaba en el Recinto Expedito, llamó al puente en el acto. Uno de sus básicos corrió a la terminal y enchufó su cola en ella. Diez más formaron una cadena que se prolongó hasta el enorme cono.

-¿Sí? -no era necesaria ninguna identificación especial; el básico ya había enviado su clave y el ordenador le dio pleno acceso.

-Parece que uno de los transbordadores shaktistas tiene una avería -dijo la *Gestora de Operaciones* -, y piden permiso para un amarre de emergencia.

-Bien. Voy allí.

Algunos de sus básicos echaron una última mirada a la fronda vaporosa de árboles achaparrados y hojas imbricadas. Le disgustaba verse interrumpida en un momento así; andaba escasa de machos, por lo que había empollado una nidada partenogenética. Dejó a tres básicos para que se encargaran de construir las celdas de subsistencia y, caminando sobre un centenar de aquellos seres semejantes a insectos, su mole empezó a desplazarse hacia el puente.

La actividad en el puente era intensa, pero relajada. *Almirante* parecía conversar con alguien del planeta a través de una extensión. Los básicos de *Astrogadora* y de *Gestora de Operaciones* hormigueaban en torno a los conectores. *Capitana*, al entrar, ejecutó, con una docena de sus básicos, una danza de saludo. El personal de puente vaporizó respuestas.

-*Capitana* -dijo *Gestora de Operaciones* -, he ordenado que abran la esclusa del hangar 5 y preparen las vainas de expulsión.

La oficial de guardia abandonó el cuenco y *Capitana* fue acomodada en él.

-Bien. ¿*Astrogadora*?

-Me he puesto en contacto con el piloto del transbordador -dijo ésta-. No pueden maniobrar en la atmósfera ni regresar a su nave.

-Quisiera hablar con él.

Astrogadora correteó sobre los controles, activando diferentes opciones de menú. Una pantalla mostró al poco rato a un humano alto y enjuto de sexo masculino.

-¿*Capitana*? -dijo el humano-. Soy Zaouli Tamure, Ensalmador Purificante. Me honra con su atención personal. Me dirijo a Kaliloka con un cargamento de lázaros para...

-¿Tienen un problema? -verbalizó *Capitana*.

Un básico de *Astrogadora* trepó sobre *Capitana* y le dijo: *Señora, hay algo raro en esto. Conectemos.*

Capitana enderezó todas sus antenas. Como el que no quiere la cosa, una cadena de básicos unió a *Capitana* con *Astrogadora*.

¿Sí?, dijo.

-Eh... en efecto -decía Tamure-. Un fallo en el sistema hidráulico, dice mi piloto... ¿Podemos... podemos subir a bordo?

Dicen que no pueden regresar a su nave, expuso Astrogadora. Pero no me lo explico, porque en principio sí pueden. Un fallo hidráulico afectaría sólo a los controles aerodinámicos.

-Sin problemas. Tenemos preparado un hangar -Haga una retrospectiva desde que partieron de su nave, ordenó *Capitana*. *Astrogadora* correteó sobre los controles, activando diferentes opciones de menú.

-Gracias, *Capitana*. Lamento causarle tantas molestias.

-No hay de qué.

Una pantalla mostró esquemáticamente la trayectoria de los dos transbordadores. La *Avidya* estaba en una órbita ligeramente más elíptica que la de la *Pusparatha*, casi circular, con su perigeo a la misma distancia del planeta. El icono que identificaba a la *Pusparatha* coincidía con el del transbordador. El otro estaba en plena reentrada.

¿Lo ve? dijo *Astrogadora*. *Bastaría encender su propulsor principal para adquiriese una nueva órbita elíptica, que le llevaría a su nave madre.*

EN EL CENTRO de comunicaciones sólo había tres ksatryas. Uno de ellos supervisaba el tráfico de información ante una pantalla, pero no parecía muy ocupado. Se limitaba a mirar cómo el ordenador intercambiaba información. Otros dos jugaba a los naipes.

Talnago y Zoyos entraron. Este último iba flanqueado por dos lázaros de aspecto menos astroso que los demás. Sus sirvientes personales, sin duda.

El soldado que estaba ante el monitor se puso en pie.

-Buenas noches. ¿Puedo ayudarles en algo?

-Sí, muchas gracias. Verá, necesitamos un canal de radio para nuestros trabajadores y monitorización por circuito cerrado de TV -llevó la mano al interior de su túnica-; nuestra frecuencia de trabajo será de...

Hubo un *plop*. El soldado saltó hacia atrás y cayó de espaldas, con una mueca de incredulidad en su rostro. Los otros dos se levantaron sorprendidos. *Plop - plop - plop - plop*. Ambos se sacudieron y Talnago vio aparecer manchas rojas en sus pecheras, que estallaban como diminutos cráteres. Cayeron desmadejados, en posiciones absurdas, laxos como marionetas sin hilos, y el aturdido Talnago tuvo la certeza de que estaban muertos.

Sin comprender, miró hacia los lázaros. Cada uno empuñaba una pistola automática con silenciador

En la mano de Zoyos también había una pequeña pistola. Una voluta de humo se elevaba de la boca del silenciador. Talnago se vio incapaz de hablar. Con el corazón desbocado, esperó el siguiente disparo.

Pero no lo hubo. Zoyos tocó el silenciador con el pulgar y lo retiró sobresaltado.

-No me imaginaba que esta cosa quemase tanto.

-Pero... usted... cómo...

-Tranquilícese, querido amigo -dijo el otro, tan meloso como siempre, mirando a la calle-. Estoy asumiendo el mando.

Tomó el comunicador de su túnica. Lo encendió y dijo:

-Atención, lázaros. El reloj del Armagedón marca la hora en punto. Repito: el reloj del Armagedón marca la hora en punto.

Talnago, con su mente girando frenética, comprendió que era una clave. La respuesta no se hizo esperar.

Una tremenda explosión hizo temblar las paredes, y Talnago se aferró a una mesa para no caer.

La luz se apagó.

-Eso fue la central de energía -la voz de Zoyos le llegó de la oscuridad-. Aconsejo que nos quedemos aquí.

-¿Por q...?

-Porque los lázaros recorrerán las calles de este lugar. Matarán a todo lo que se mueva, fuera de este edificio.

Su dicción era tan amanerada y empalagosa como siempre

-SÓLO PUEDO OFRECER una respuesta -dijo finalmente Hari-. Una interfase.

-¿Una interfase? ¿De qué estás hablando? -preguntó Mahal.

-Un agujero negro es una singularidad del espaciotiempo -explicó rápidamente Hari-, pero esto un millón de veces más extraño. Es una interfase... como una burbuja. La superficie de separación de dos porciones de espaciotiempo...

Fue como si aquella revelación hubiera sido algo excesivo para la extensión de *Almirante*. Sin previo aviso, el huevo transparente se derrumbó y rebotó en el suelo con un sordo ruido.

Justo en ese momento se apagaron las luces del observatorio.

SEÑORA, HEMOS PERDIDO contacto con Base Aleph -informó *Gestora de Operaciones*.

Capitana no dijo nada por un momento.

-Traten de reanudar la comunicación.

Uno de sus básicos, como si su minúsculo cerebro captase una orden inconsciente, paseaba sobre el tablero, muy cerca de donde se leía ALERTA ROJA, en los funcionales ideogramas cofraditas.

Instruyó a uno de sus básicos: *informar a Almirante*.

La respuesta llegó casi al instante en forma de un básico: *Lo sé, he perdido mi unidad de base Aleph. Todo esto es muy extraño. Tome precauciones*.

Inmediatamente, *Capitana* ordenó con sonidos humanos:

-Personal de Seguridad, acuda al Hangar 5.

ODOLE YASU ERA un joven ambicioso, dispuesto a llegar muy alto en la jerarquía. Estar al servicio de Zoyos incluía ciertas actividades muy alejadas de lo espiritual; pero el influyente personaje le había proporcionado rápidos ascensos rápidos. De modo que, cuando su superior le propuso el trabajo, aceptó con mil amores. Y cero escrúpulos.

Todo iba según el plan. Los lázaros habían alcanzado una posición equidistante de las puertas norte y oeste de Base Aleph. Estaban desembalando su arsenal de los fardos, y se aseguró que llevaran puestos los receptores de radio y las gafas infrarrojas. También revisó las botellas de jarabe que llevaban a la espalda, que les inyectó la *Doble Omega* bajo sus grises pellejos: una mezcla perversa de estimulantes y anabolizantes.

Recibió claramente la orden de Zoyos y sonrió.

Durante las próximas horas, los lázaros *Doble Omega*, con su apático metabolismo forzado al límite, se transformarían en inexorables máquinas asesinas. Eran baratos y eficientes.

Cuando Odole se volvió sonriente hacia sus esclavos, dispuesto para dar la orden de "en marcha", descubrió que estos ya habían iniciado la actividad programada.

Abrió la boca en un "o" de sorpresa solo un segundo antes de que su cabeza estallara.

CAUTELOSAMENTE, EL TRANSBORDADOR se fue acercando a la enorme mole de la *Pusparatha*. Siguiendo las indicaciones del práctico, se dirigió a la iluminada compuerta del Hangar 5. La compuerta externa se cerró, y comenzó el bombeo de aire. Cuando las luces de presión mostraron el verde, se abrió la compuerta interna y una grúa puente arrastró al transbordador al hangar. La amplia cámara estaba casi vacía.

Zaouli Tamure brincó fuera. Un cofradita atrajo su atención.

-Bienvenido a bordo. Soy *Tercera Oficial*.

-Gracias... -Tamure miró al cono, pero no supo dónde fijar los ojos- Veo que ha traído una guardia de honor -señaló a los ksatryas.

-Son precauciones de rutina en Alerta Amarilla. ¿Puedo ayudarles?

Tamure se secó el sudor.

-Sí... quiero decir, no. Se trata de una avería tan simple como fastidiosa... lo único que necesitamos es un repuesto para la turbina...

-Avisaré a *Ingeniera Jefe*. El esquema de su transbordador sin duda figura en el banco de datos, y le proporcionará lo que necesite.

-¡Muchísimas gracias! Ah, otra cosa... solicito desembarcar nuestra carga, pues no queremos sobrecargar los sistemas vitales.

Los básicos centrales de la oficial tomaron una configuración anular, pero dijo:

-Por supuesto.

Tamure hizo una seña y empezaron a bajar tres filas de lázaros.

-¿Esa es su "carga"?

-Claro. Oh, olvidé que no están familiarizadas con nuestra nomenclatura. Legalmente, los lázaros, son considerados objetos.

-Entiendo.

-Espero que pronto esté resuelto el problema y podamos salir sin más molestias... con permiso, debo supervisar algo en...

-Como quiera. Dejaré algunos básicos aquí. Si necesitan algo, pregúnteles.

-¡Excelente!

Tamure volvió apresuradamente al transbordador.

JED-QOR, SOLDADO RASO ksatrya, y Luba Tomeghe, un civil shaktista, caminaban juntos por las oscuras calles de la ciudad mientras Tomeghe le hablaba acerca de su religión. No tenía ninguna intención de convertirlo, sólo charlar. Jed-Qor escuchaba.

Un apretado grupo de lázaros apareció a lo lejos, casi al final de la calle. Avanzaban hacia ellos en una especie de formación. Jed-Qor se detuvo. Había algo poco usual en aquellos lázaros, pero ¿qué? El no podía considerarse un experto. Se volvió hacia Tomeghe para preguntar...

¡Y vio al shaktista rígido, con un rostro agarrotado por el miedo!

Jed-Qor desenfundó la pistola sin pensarlo un momento. Uno de los lázaros alzó su rifle. La primera bala de Jed-Qor le acertó en el brazo, pero aquel impacto, que hubiera dejado inconsciente a un hombre por el shock traumático, apenas le hizo tambalearse. Jed-Qor disparó otra vez, otra, y no vio cómo uno de ellos le lanzaba un cuchillo.

Hubo un chasquido húmedo y el ksatrya se derrumbó, con la punta del arma asomando por el occipital.

Luba Tomeghe corrió desesperadamente por su vida. No era un guerrero. Era técnico electromecánico, y se ganaba un sobresueldo con pequeñas adivinaciones y algún que otro hechizo benevolente. Había trazado un Círculo Protector y un Encantamiento de Realimentación en torno a la casa de Jed-Qor. Lamentó no tener un animal para leer sus entrañas; pero en Kaliloka no había animales nativos.

Recordó los atemorizados rumores acerca de lázaros asesinos, entrenados en campos secretos. Se había reído de ello, creyéndolo un bulo de los no creyentes.

Hubo una explosión y las luces de la calle se apagaron. Temiendo tropezar, se escondió entre dos casas, su corazón enloquecido. ¡Nuestra Señora de las Sombras me proteja! Los lázaros cruzaron ante el callejón, caminando sin apresurarse.

No lo habían visto... Suspiró con alivio.

Se dio la vuelta para alejarse. Un lázaro estaba ante él.

Hubo un relámpago a la luz de las estrellas y sintió en el vientre un dolor agudo, calcinante. Se oyó un "plof". El lázaro alzó de nuevo la bayoneta y descargó un solo golpe más. Tomeghe sintió un fuerte mazazo en el cuello y se sintió volar. De repente se vio a sí mismo, con el paquete intestinal desparramado en el suelo, y un doble surtidor de sangre, negra a la luz difusa, brotando del muñón de su cuello.

En los horrorizados segundos que le quedaban de vida, Tomeghe vio con claridad el negro porvenir en sus propias entrañas.

LA EXPLOSIÓN HIZO saltar al coronel War-Zen de la litera. Accionó el interruptor de la luz, que no funcionó. Maldijo. Tomó el comunicador, pero sólo oyó una confusa algarabía, hablando de lázaros, disparos, muertes... La emisión se cortó rápidamente.

Cogió apresuradamente un fusil de asalto, aun antes de que sus pies tocaran el suelo. ¡Kamsa y Putana! Las regulaciones de seguridad se habían suavizado, dada la ausencia de alguna amenaza creíble, y sus guerreros estaban dispersos acá y acullá. Rebuscó en busca de las gafas infrarrojas y las cogió.

En segundos estuvo corriendo por la oscura calle. El mundo, visto a través de las gafas infrarrojas, tenía un aspecto fantasmal. Las paredes eran de un frío azul-negro. Oyó disparos a su derecha y una docena de kstryas apareció corriendo; sus cuerpos resplandecían en una miscelánea de blanco luminoso, amarillo, ámbar, escarlata y verdoso. Uno de ellos se volvió rápidamente con el arma en ristre, mirándole a través de sus propias gafas infrarrojas. El coronel alzó los brazos: había eludido el ser acribillado por unos segundos.

-¡Coronel, nos... !

-¿Qué Kamsa sucede?

-Lázaros, coronel. Lázaros armados. Nos atacan, no lo entendemos.

-Yo tampoco entiendo, pero no importa. ¿Número?

-No lo sabemos.

-Maldición. ¿Por dónde vienen?

-Por todas partes.

Las cejas del coronel se alzaron. Pero en aquella noche de pesadilla incluso una traición no parecía fuera de lugar.

-¡Vengan conmigo! -corrió en la oscuridad, tratando de comprender qué clase de infierno abría sus puertas sobre Base Aleph.

HARI Y MAHAL contemplaron fascinados al básico atrapado en el interior del huevo, debatiéndose inútilmente en su prisión transparente.

-¿Deberíamos sacarlo de ahí? -preguntó Mahal.

-Probablemente lo mataríamos -respondió Hari. Aunque no sé la importancia que eso tendría para *Almirante*.

-¿Qué crees que le ha pasado?

-Su caída ha coincidido con el apagón -razonó Hari- quizás la corriente también se ha cortado en el centro de comunicaciones...

-Eso no es posible. Posee un circuito de seguridad especial.

Aguardaron inútilmente. La negrura lo envolvía todo. La idea de un sabotaje empezó a germinar en su mente.

-Mahal, esto es más serio que un simple fallo de... *¡Apaga eso!*

La mujer había encendido un tubo portátil. Lo apagó de inmediato.

-¿Qué puede estar pasando?

-No lo sé -pero pensó en los colonos y el vello de su espalda se erizó.

-No puede ser lo que mató a los shaktistas -dijo Mahal, como si leyese su pensamiento-. Cayeron en todas partes, a la vez, y...

-Shhhh. Calla -sonaron disparos lejanos... y estremecedores gritos de dolor.

Un grupo de soldados apareció corriendo. Y tras ellos... Hari se agachó.

-¿Pero contra quién disparan? -preguntaba Mahal.

-¡Calla! -siseó con fuerza Hari.

Los vio aparecer a la débil luz de las estrellas. Una fila de figuras caminaba lentamente, con el paso monótono de los lázaros. Llevaban en las manos unos objetos que relucían a

la luz estelar. Sus caras estaban cubiertas por una especie de máscaras de buceo... Hari observaba, apenas asomando un ojo.

Uno de ellos giró hacia él. Hari se apartó veloz.

-¡¡Al suelo!! -aulló, mientras una ráfaga de disparos arrancaba el marco de la ventana y las balas destrozaban la habitación, entre vidrio estallando y objetos de metal que resonaban como demoníacas campanas.

CON SU PASO monótono, los lázaros se fueron dispersando por el Hangar 5 de la *Pusparatha*, con sus mochilas de equipo colgándoles laciamente de la espalda.

Zaouli Tamure estaba muy nervioso. Aquello nunca se había probado antes. Habían hecho simulaciones, pero...

No era cuestión de esperar más. Apretó un botón en su transmisor para lázaros.

Fue como si el día de la Resurrección se presentara sin avisar.

Los lázaros, con una rapidez que nadie sospecharía en ellos, apuñalaron a los humanos que tenían más cerca. Los ksatryas, a pesar de ser pillados por sorpresa, sólo tardaron unos segundos en responder.

En el puente, un básico tocó el ideograma de Alerta Roja. Al instante sonaron las sirenas, y los vaporizadores de feromonas esparcieron por el sistema de ventilación el olor de "peligro inminente". La *oficial de Táctica* invadió su consola con decenas de básicos.

"Estaciones de combate, alerta ", clamaron los altavoces. " Energizar bancos láser. Cargar tubos lanzatorpedos. Activen escáners de largo alcance. Impulsor principal, a 75% de potencia. Despejen todos los canales. Cierren puertas estancas "...

UN DISPARO ATRONÓ, rebotando sus ecos por las calles desoladas, y uno de los hombres de War-Zen cayó muerto.

-¡Cúbranse! -aulló el coronel.

Para el coronel War-Zen, el fogonazo había sido como un flash fotográfico. *¡Pero el tirador no aparecía en el infrarrojo!* Apuntó a donde había visto el fogonazo y disparó una ráfaga de cinco disparos. El lázaro disparó de nuevo, delatando su posición... el coronel hizo fuego a su vez, procurando afinar. No hubo más disparos desde ese rincón.

-¡Mi coronel, no veo a nadie! -exclamó un soldado.

-Porque ya están muertos -dijo el coronel, casi para sí mismo.

-¿Eh?

-¿No ha tocado la mano de una de esas cosas? Están muy frías.

-No... ni ganas. ¿Quiere decir que no podemos verlos porque sus cuerpos están fríos?

-A temperatura ambiente, para ser exactos. La misma que los edificios. Debemos guiarnos por los fogonazos.

Una ráfaga arrancó astillas de la pared y otro hombre cayó con un grito.

-¡¡FUEGO, FUEGO, KAMSA OS MALDIGA!! -aulló War-Zen.

EL VIENTO HABÍA empezado a soplar. Se abatió como un bloque sobre las negras calles de base Aleph, haciendo gemir las juntas de las viviendas prefabricadas. Penetraba por todas partes: por las rendijas de las puertas, por los tabiques de tablas de plástico mal unidas.

Era como un gran lamento obsesivo, un gemido de phante herido de muerte, que se deslizaba entre las casas, agitando las ropas de los cadáveres que empezaban a sembrar nuevamente las calles.

Hari se arrastró hasta una pesada mesa metálica y la volcó con esfuerzo. Se escudó tras la gruesa lámina de metal.

-¿Hari? -el susurro era leve y aterrorizado.

-Shhh. No te muevas.

-¿Crees que pueden oírnos?

-Calla -era un buen consejo, dadas las circunstancias.

Hubo un ruidito en la puerta. Sonó el metal del pestillo.

Acurrucado tras la mesa, trató de arrastrarse con esfuerzo. Muévete, idiota, se dijo. En el interior de su mente, había un niño asustado que quería taparse la cabeza con las sábanas.

Logró asomarse a ras del suelo. Fijó la vista hasta que sus ojos le dolieron.

El lázaro tenía problemas con la puerta corrediza (*¿Por qué los lázaros no abren las puertas corredizas? Porque luego no las alcanzan*). El estúpido chiste casi le hizo estallar en una carcajada histérica. Se mordió los labios para contenerla.

El lázaro entró lentamente. Llevaba terciada un arma, un subfusil por su longitud

Si dispara aquí dentro -consideró Hari -, *las balas al rebotar nos dejarán a los tres hechos una criba* -. Pensó entonces en la inhumana resistencia al dolor y la fatiga de aquellos cadáveres ambulantes, en su embotada indolencia, y comprendió que al lázaro no le importaba morir en lo más mínimo. Suponiendo que le quedara bastante cerebro incólume para imaginarlo.

El lázaro dio unos pasos dentro de la habitación. Desde su escondite, a la vaga luz de las estrellas, Hari reconoció su extraña careta de buceador. Gafas infrarrojas. Por ello podía ver en la oscuridad, guiándose por el calor. De no ser por la mesa ya lo habría percibido. Se preguntó si veía la tenue columna de aire tibio desprendido por un cuerpo humano. ¡Y ciertamente, el suyo estaba sudando de tensión!

El arma del lázaro oscilaba en arcos, a derecha e izquierda. La mente frenética de Hari buscaba una idea. Su sangre, rebosante de adrenalina, había impulsado su miedo más allá del miedo. ¿Ponerle la zancadilla? Podría. ¿Empujarlo cuando le diera la espalda? Tal vez. Pero no hizo nada. El niño en su interior seguía negándose a moverse.

La atención del lázaro pareció dirigirse a un punto alejado en la habitación. Levantó el subfusil y disparó.

En el espacio cerrado, la ráfaga atronó como una rasgadura en la túnica de Dios. Apenas oyó el estruendo de plástico destrozado y el monstruoso siseo de gas. Un soplo de frío le refrescó la cara.

¡Aquel cretino estaba acribillando *la nevera* ! Había visto el flujo de aire cálido que emanaba por detrás, y el aparato había saltado en pedazos, con un surtidor de líquido refrigerante hirviendo... el plástico, gracias al cielo, había amortiguado los impactos, impidiendo su rebote.

Las nubes de vaho casi lo cegaron. El lázaro giró lentamente sobre sí, como desorientado... aquello debía estar afectando a su mirada infrarroja.

Ahora o nunca. Hari se puso en pie de un salto.

Fue más el producto de un impulso que una maniobra premeditada. Puso una mano sobre el ardiente cañón del arma, la otra en un punto cerca de la empuñadura, y agarrándola con fuerza, giró sobre sus talones. Las zarpas del lázaro la sujetaban con igual firmeza, pero no pudo impedir ser volteado y caer al suelo.

Con una mano abrasada, Hari arrojó el subfusil a un lado y tomó la primera cosa que pudo tantear: un taburete. Golpeó a ciegas al lázaro, que trataba de incorporarse, y se oyó un crac. El lázaro cayó... para levantarse de nuevo. Hari observó que algo resbalaba por la sien del lázaro, pero no era sangre, era una masa gris y grumosa. El lázaro le miró con unos ojos amarillentos, tan opacos como los de un pez muerto, y extendió dos manos como garras esqueléticas hacia él.

Hari giró el taburete y golpeó con las patas metálicas, una vez, otra, otra... alguien aullaba y supo que era él mismo... De repente, el lázaro le golpeó con el antebrazo, con una fuerza tremenda que le arrancó el taburete de las manos. Sintió un fuerte golpe en la cabeza y las piernas se le aflojaron.

LOS INFORTUNADOS KSATRYAS del Hangar 5 de la *Pusparatha*, sobrepasados en número, fueron arrollados por los lázaros. Sólo algunos pudieron hacer fuego sobre ellos. Pero había diez lázaros por cada ksatrya. Y eran menos vulnerables.

La puerta de acceso al hangar empezaba a cerrarse. En el transbordador, Tamure envió un lázaro para impedirlo; corrió hacia la puerta y la bloqueó con su cuerpo. La pesada puerta vaciló, luego apretó, y con un crujido repugnante, el lázaro fue partido en dos.

Tamure maldijo. Ordenó:

-Equipo de cortadores láser, corten la puerta.

Tras él, los pilotos y sus ayudantes observaban fijamente.

-No será problema -les dijo con confianza-. Estos cortadores pueden abrirnos paso hasta donde sea. Y la mayor parte de los ksatryas están abajo. El resto de los humanos no es enemigo para nuestros *Doble Omega*. Sólo tendremos que aplastar a esos molestos bichos.

Un grupo de lázaros acercó un pesado aparato similar a un cañón antitanque. Largos cables lo unían al transbordador.

CAPITANA ENVIÓ UN básico a *Almirante* con un mensaje privado.

No tardarán en cortar la puerta. Almirante, estoy preocupada. Esta nave no está pensada para un abordaje.

Almirante formó una cadena de básicos. El resto ejecutó la Danza de la Imperturbabilidad.

No se preocupe. Esos cretinos no saben que los básicos de la tercera oficial no eran suyos. ¿Está preparado el Hangar 6?

¡Por supuesto, Almirante!

Capitana se sintió levemente irritada. En Alerta Amarilla, al menos un transbordador debe estar listo para lanzar. *¿Qué clase de nave cree que mando?*

Consternada, se dio cuenta de que algún básico le había transmitido este pensamiento secreto a *Almirante*. Pero ésta se limitó a esparcir un sutil efluvio de diversión.